

Agradecimientos

A La Universidad Nacional de Rosario por la oportunidad de estudiar de manera gratuita durante seis años.

A mis padres por apoyarme durante todo el recorrido por la universidad.

A Jorge Faccendini por realizar un seguimiento y corrección continúa de mi trabajo final aún en un contexto difícil para la educación pública.

A *los chicos* del Espacio T.I.F por impulsarme a escribir y seguir la redacción del trabajo integrador final.

Resumen

Atravesado por el discurso del psicoanálisis, el presente ensayo sobre miedos en los niños y sus características en la contemporaneidad, trabaja principalmente las funciones de los miedos en la constitución del sujeto, poniendo un acento sobre los efectos que las transformaciones históricas tienen en la manera en que se presentan los miedos en la clínica actual. ¿Qué tienen de particular los miedos en la niñez? ¿A qué se le llama ataque de pánico? ¿Qué sucede con las exteriorizaciones de la infancia hoy? Son algunos de los interrogantes que guían este trabajo de escritura.

A lo largo del ensayo, además de los aportes teóricos de Freud y Lacan, la literatura y la metáfora se presentan como instrumentos de ejemplificación y esclarecimiento sobre la temática, desde un extracto que hace alusión a la infancia del autor Julio Cortázar, narrada autobiográficamente. Los aportes de Silvia Bleichmar orientan el recorrido socio histórico desde la modernidad hasta los tiempos contemporáneos, donde los recursos simbolizantes se plantean como una necesidad de época.

Palabras clave

Palabras clave: Miedos- Infancia- Contemporaneidad

Miedos en los niños y sus características en la contemporaneidad

Sobre angustias y decires

Interrogarme sobre el miedo en mi infancia es abrir un territorio vertiginoso y cruel que vanamente he tratado de olvidar (todo adulto es hipócrita frente a una parte de su niñez) pero que vuelve en las pesadillas de la noche y en esas otras pesadillas que he ido escribiendo bajo la forma de cuentos fantásticos.

A una edad que no alcanzo a fijar, la soledad y la oscuridad desencadenaron en mí otros temores jamás confesados; animalito literario desde el vamos, el terror me llegó por la vía de las lecturas y no de las crónicas vivas, de lo que no puede tocarse ni oírse ni verse con los sentidos usuales y que se precipita desde una dimensión fuera de toda lógica.

Así, desarmado, nunca puede refugiarme en la confesión del temor que los mayores comprenden a veces, aunque casi siempre la rechacen en nombre del sentido común, la hombría y otras estupideces.

Poco me atemorizaba la idea de un criminal que pudiera apuñalarme o estrangularme en la sombra, incluso mi ingenuidad me llevaba a crearme capaz de defensa, de directo a la mandíbula o patada letal en salva sea la parte. El miedo era lo otro, eso que la literatura anglosajona llama tan admirablemente *the thing*, la cosa, lo que no tiene imagen ni definición precisa, roce furtivo en el pelo, mano helada en el cuello, risa apenas perceptible al otro lado de una puerta entornada.

El niño es el padre del hombre, y quienes lean estas líneas reconocerán algunas de las atmósferas que surgen de mis cuentos.

Si el miedo me llenó de infelicidad en la niñez, multiplicó en cambio las posibilidades de mi imaginación y me llevó a exorcizarlo a través de la palabra, contra mi propio miedo levanté el miedo para otros.

Creo que un mundo sin miedo sería un mundo demasiado seguro de sí mismo, demasiado mecánico. Desconfío de los que afirman no haber tenido nunca miedo; o mienten, o son robots disimulados, y hay que ver el miedo que me dan a mí los robots (Cortázar, 2009: 210)

No es fácil articular saberes acerca de una etapa en la que los mismos tienen formas mágicas, una etapa cuyos procesos subjetivos nos hacen viajar a tiempos en donde lo que exteriorizan los recursos simbólicos posibles (la palabra, el juego, el dibujo) no puede ser escuchado, interpretado ni leído desde la intuición. Es un arduo trabajo intentar plasmar con la coherencia propia del principio de realidad las características de los miedos en la infancia, donde los recursos metafóricos del lenguaje quedan a veces pequeños al lado de la flexibilidad imaginativa de la niñez.

He elegido a Cortázar para servirme de la literatura como un recurso a lo largo del trabajo, para ejemplificar y articular ideas sobre el mundo infantil. Las palabras de éste autor, extraídas de un libro que da a conocer tiempo después de su muerte pequeños escritos que habían quedado invisibilizados, encendió en mí una profunda curiosidad por la temática de los temores infantiles e hizo surgir, además, la interrogación acerca de los miedos en los niños de los tiempos actuales en donde se experimenta la caída de los grandes relatos, de los ideales y la fragilidad del padre.

A una edad que no alcanzo a fijar, la soledad y la oscuridad desencadenaron en mí otros temores jamás confesados; animalito literario desde el vamos, el terror me llegó por la vía de las lecturas y no de las crónicas vivas, de lo que no puede tocarse ni oírse ni verse con los sentidos usuales y que se precipita desde una dimensión fuera de toda lógica. (Cortázar, 2009: 210)

El terror al que se refiere el autor está lejos de remitirse a peligros exteriores, a las crónicas vivas de una realidad fáctica. Este terror, no solo refiere a algo vivido internamente, sino que presenta algo difícil de localizar, de nombrar y de entender.

Parece que lo que allí se precipita se sitúa en un lugar fuera de la lógica de los registros parlantes, irrumpiendo espontáneamente y sin cuidados desde un real amenazante.

El miedo era lo otro, eso que la literatura anglosajona llama tan admirablemente *the thing*, la cosa, lo que no tiene imagen ni definición precisa, roce furtivo en el pelo, mano helada en el cuello, risa apenas perceptible al otro lado de una puerta entornada. (Cortázar, 2009: 210)

Si no hay imágenes ni definiciones, no hay soporte imaginario ni elaboración simbólica. ¿Cómo hace un niño para enfrentar el golpe desnudo de afectos que se sienten a nivel del cuerpo? ¿A caso el afecto es lo mismo que un sentimiento?

Para el caso, me resultó de gran utilidad la lectura de algunas líneas de Jorge Faccendini acerca de su caso *No me entiendas Tanto*. Aquí el analista facilita la comprensión de varios puntos nodales de la teoría lacaniana a través de un ejemplo clínico sobre un niño de 5 años. Si bien no voy a desarrollar la descripción del trabajo de análisis, quiero traer las diferencias que Faccendini marca entre afecto y sentimiento. Cuando se habla de afecto, la incidencia de lo real tiene su mayor protagonismo. En la furia, por ejemplo, no hay nada sobre lo que se pueda pensar al respecto (Faccendini, 2016). Y me parece que entre tantas dificultades que todos encontramos para nombrar lo real, el hablar de un “roce furtivo en el pelo, mano helada en el cuello, risa apenas perceptible al otro lado de una puerta entornada” (Cortázar, 2009: 210) puede ser un touché. Cortázar en este sentido, estaría dejando ese miedo que nombra en la última cita del lado del afecto.

Cuando de sentimiento se trata, en cambio, aparece un recubrimiento del orden imaginario, que me arriesgo a agregar, no se logra sino a partir de un trabajo desde el registro simbólico. Así, ficcionando un ejemplo, el miedo ya no sería *lo otro* o una siniestra mano en el cuello, sino que podría ser miedo a la mano helada de la tía en el cuello cuando me saluda.

Estos días nos encontramos con esos avasallantes padecimientos comúnmente nombrados como ataques de pánico. Más adelante haré mayor hincapié sobre el tema, pero no quiero dejar de destacar que en estos ejemplos se puede pensar como a través de un trabajo clínico, se puede pasar de un ataque de afecto a hacia algún sentido que transforme el pánico, bajando las palpitations con la respiración permitida de los significantes, imaginarizándolo.

“Así, desarmado, nunca puede refugiarme en la confesión del temor que los mayores comprenden a veces, aunque casi siempre la rechacen en nombre del sentido común, la hombría y otras estupideces” (Cortázar, 2009: 210). Es aquí que se trasluce la emergencia en el autor de la posibilidad de una ligazón a algún sentido, por más incomprensible que resulte. Una confesión en potencia refiere de alguna manera a una entrada al universo significativo donde los afectos ya no quedan sin armadura y las palabras vienen a otorgar una suerte de excusa, de motivo. Es en este universo donde descubrimos que los afectos que nacían a nivel de un cuerpo, comienzan a dibujar un sujeto que ahora tiene miedo, que puede decir un miedo.

Así, a partir de la lectura de algunos fragmentos del autor de cultura porteña, se pueden ver ejemplificadas las diferencias entre la angustia y el miedo. Sin embargo, no puedo dejar de lado lo que los principales autores del psicoanálisis han desarrollado acerca de esto.

Freud se refiere a la angustia como un estado afectivo que prescinde de objeto. A este afecto le adjudica un carácter de indeterminación y un displacer específico que es sentido a nivel de los órganos del cuerpo mediante una descarga motriz. La angustia es primeramente algo sentido y se percibe a través de sensaciones corporales como el latir veloz del corazón y el aceleramiento del acto de respirar. (Freud, 2013)

Se puede encontrar, en las producciones freudianas, el paso de una primera teoría sobre la angustia a una segunda. La angustia comienza siendo para él una exteriorización secundaria a la represión, como bien se puede ver en el historial de Hans (*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*), donde a partir de la represión de mociones libidinosas del pequeño hacia la pareja parental, aparece la angustia. Hans sale a pasear con angustia y vuelve con miedo a que un caballo lo muerda. Luego, en 1926, comienza a hablar de la angustia como algo fundante del sujeto. Freud, acompañando las teorías de Otto Rank, explica acerca de una angustia automática que emerge como reacción directa a un momento de desvalimiento del yo frente a una situación que no se puede tramitar: el nacimiento. (Freud, 2013)

Queda así diferenciada esta angustia automática de una angustia señal como respuesta de un yo a la amenaza de peligro.

Comparto la lógica de la segunda teoría freudiana sobre la angustia. Además, encuentro allí un mayor acercamiento a lo que Lacan quiso transmitir en el seminario 10. Para Lacan la angustia es anterior a la incidencia del Otro. La angustia está estrechamente ligada a un resto que jamás alcanza a los significantes y que se resigna del lado del cuerpo, del órgano. Y esto se puede escuchar en la estructura del lenguaje. (Miller, 2008)

Leyendo a este fenómeno como algo que emerge en el nacimiento y que logra que un Otro auxiliador, en el mejor de los casos, introduzca una libra de carne en el universo del lenguaje y del deseo, encontramos los porqués de un trabajo clínico que encuentre en la angustia, en lugar de un enemigo, un movimiento ordenador.

No me sorprende que, ante la irrupción de un afecto tan desconcertante, resulte dificultoso para los hombres desprenderse de una forma intuitiva de pensamiento que ubique el malestar en el sitio de lo peligroso.

Acerca de la angustia, agrego que, a diferencia de Freud, para Lacan no hay angustia sin objeto. El objeto que está ausente es el que se confunde con el objeto que lo vela. "El objeto de la angustia permanece rodeado por algún misterio, no se designa" (Miller, 2017: 43)

Por otro lado, a la fobia la encontramos en Lacan como una armadura significativa que, más allá de que se experimente como un afecto, se analiza también a nivel del significante. (Miller, 2017) Estamos hablando de una elaboración que, según Freud, permite la ligazón de energía psíquica que de otro modo se hubiera descargado como angustia. (Freud, 2013)

Si bien no ignoro que hay posturas, que especialmente en adultos, leen a la fobia como una estructura clínica, sostengo que cuando hablamos de fobias en la infancia nos ubicamos a nivel del síntoma, por lo tanto, es una construcción del inconsciente. Definido por Freud como proceso patológico, el síntoma en la fobia nace como sustituto, dado que, la angustia recibe un objeto y una expresión desfigurada y viene con la ventaja de la suspensión del desarrollo de la misma. (Freud, 2013)

Aquel objeto que devela la fobia, no es sino un significante objetivado. Esto denuncia la diferencia entre el signo y el significante. Un caballo, como en el caso de Hans, puede representar a la madre, al padre y al pene a la vez. Vemos entonces, que no hay significación absoluta del caballo. El significante por sí solo, no significa nada. (Faccendini, 2017)

En la fobia se previene que el Otro permanezca fálico, alimentado de demandas consentidas. Hija de una angustia ante el lugar de apéndice del Otro omnipotente, la construcción fóbica rescata al sujeto, o al menos se encamina en la tarea. "El deseo se estructura en la fobia previniendo de quedar pegado al deseo del Otro" (Faccendini, 2017: 115)

Ahora bien, respecto al miedo, ¿En qué se parece a la fobia? ¿Y cuál es la diferencia?

Miller, en *Los miedos de los niños*, despliega la idea de que una fobia no es un miedo. Dice que la fobia es todo un saber acerca y sobre el miedo. Podríamos interpretar que mientras el miedo es una primera exteriorización que apenas menciona algo sobre lo temido, la fobia y el parapeto fóbico remiten a una configuración compleja que describe una lógica sintomática. (Miller, 2017)

Los roles del fantasma

El miedo tiene una función, o, mejor dicho, tiene funciones constitutivas en los niños. Partiendo de esta afirmación podemos discernir fácilmente que la dirección de la práctica clínica psicoanalítica no apunta a un tratamiento en contra de los miedos, sino, muy por el contrario, apunta a darles tiempo, al análisis y a veces la expansión de lo que los miedos quieren decir sobre un sujeto. Un miedo, así como un síntoma, habla. El alivio de padecimientos conduce paradójicamente a una ruta contraria de la lógica des-angustiante, y es, caminando sobre la atmósfera oscura y sin terrenos de la angustia donde podemos encontrar algún significante que alivie.

En las raíces de toda expresión temerosa es donde el analista siempre tropieza con temas como muerte y sexualidad. Empero, estas no se tratan de meras ideas que danzan entre las metonimias del significante, sino que constituyen en conjunto, un significante que causa y condición de los quehaceres del deseo. Frente a este significante, el analista y analizante encuentran fronteras en el trabajo. Estos límites son, de todas formas, los que habilitan a la existencia de un sujeto y a un análisis posible.

Miller demuestra con algunos ejemplos la manera en que *muerte y sexualidad* actúa en algunos niños como un significante único y repetitivo, en casos donde no existen recursos subjetivos que encausen ese real que nunca cesa y que siempre que puede aparecer. Para estos sujetos, todos los significantes del mundo golpean o pueden ser maltratados. No hay reparo. (Miller, 2017)

Recientemente, en la piscina, inquieto y muy agitado, Tristán mira saltar a un niño de un pequeño trampolín y se pone a gritar: ¡Se va a quebrar! ¡Se va a matar! ¡Se va a morir! Interroga a la asistente: ¿No voy a morir? ¿Y mamá se va a morir? (Miller, 2017: 35)

El analista, en medio de las repeticiones, busca ideárselas para no ser un posible agente más de agresión o bien un objeto de maltrato. Como semblante, puede de algún modo intervenir arrastrando lo real a Otra escena, en donde algo pueda lograr una suerte de inscripción. A partir de allí, tal vez, en lugar de golpes y palizas el niño puede comenzar a hablar de temores. Una vez más, el miedo aquí viene al rescate.

Se puede pensar entonces en variados casos en los cuales las palabras, los gritos y los actos no ejercen la función propia del significante. A veces se escucha un ritmo sin matices de repeticiones que no hacen más que indicar que hay cuestiones huérfanas de simbolización. Hay palabras que no dividen a un sujeto sujetado. Estas palabras golpean y duelen, escapando de toda comprensión, sin destinos.

En la clínica el analista aprende a ser partenaire de una pareja constructora de sentidos. El niño, en el mejor de los casos encontrara un espacio de silencio, vacío fértil entre las repeticiones.

Tanto la angustia como el miedo, sin embargo, suelen enfrentar al sujeto con algo que produce un hiato con lo conocido, son experiencias de desencuentro yoico, de ajenidad a veces catastrófica. No obstante, estando de acuerdo en que ambas experiencias dividen al sujeto, el miedo, en realidad, viene a fallar de forma distinta. El sujeto que dice que tiene miedo, falla de otra manera. Y esa es la forma de trabajar en psicoanálisis.

Hay una cuestión más referida a la muerte y sexualidad, y es la búsqueda de la imposibilidad. En muchos casos los niños preguntan apuntando a la anulación del saber del Otro. Una madre, por ejemplo, se puede encontrar en la posición de responder interrogantes acerca de temas que la atraviesan como sujeto, temas que, por solo aparecer en el discurso, producen una división subjetiva. Allí el niño se encuentra con el omnipotente en falta, y ese es el punto, reconocer a una madre que de tanto en tanto vacila entre los avatares de lo real. “Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta” (Lacan, 2013: 288)

En esta práctica las buenas intenciones no sirven, y el analista nada sabe sobre aquello real que atraviesa al paciente. Digamos que él tampoco conoce sobre aquellas irrupciones que lo dividen, pero es en lazo transferencial donde pueden hacerse ver las redes significantes en la que el niño se encuentra a veces atrapado. Hay significantes que son las metáforas que estas redes promueven. Ellas son las preguntas del sujeto, preguntas que pueden venir veladas tras afirmaciones, imperativos, dudas o precisamente miedos.

Tengo miedo de..., *Me da miedo...* son frases que se escuchan en los niños con gran frecuencia, en donde aparece un sujeto constituido y una angustia como señal de un yo, y no ya referida a lo real. El sujeto aquí se ve posicionado, si se quiere, por arriba de un goce que insiste sin escrúpulos, logrando pasar de una degradación signifiante a los horizontes de un deseo, deseo que es siempre de Otro.

Lacan explica que la angustia se encuentra en el medio del goce y el deseo, y es, atravesando esta angustia mediante la experiencia transferencial, donde se construye el camino para acercarse al deseo, al sujeto. (Miller, 2008)

Sin embargo, muchas veces estos miedos aparecen muy poco definidos, desordenados y sin articulaciones coherentes, en donde lo innombrable no encuentra un vasto apoyo narrativo. Aquí el analista se encamina nuevamente en contra de toda práctica normalizadora, dándole tiempo y lugar a esas ideas para que algo del orden de lo sintomático logre aparecer.

Las máscaras del temor

A pesar de la prevalencia de ciertos relatos de miedos típicos en la infancia, al leer cierta cantidad de casos clínicos, al poner atención en relatos familiares de conocidos, en conversaciones entre padres y niños en las calles, y en muchas situaciones similares, se escucha sobre la existencia de tantos miedos como niños, y en esos miedos se traslucen tantas demandas como novelas familiares. De todas formas, sabemos que entre tantas variantes hay algo que nunca cambia: todos los miedos están determinados desde una relación con Otro.

En el despertar de una mañana, en el decir de un miedo a la muerte de un familiar puede escucharse la urgencia de que una madre se haga presente entre tantas ausencias, una madre que regale su tiempo. Y en la semana siguiente ese mismo miedo quizás pase a ser compartido con otros pares, haciendo las veces de una nueva función, de una construcción fastasmática que se regala en el intercambio con otros, dando lugar a juegos identificatorios entre niños.

Un niño puede mencionar diferentes temores, haciendo uso de estos para mantener ciertas dinámicas y hazañas reconfortantes, mantenedoras de un síntoma:

-Mama tengo miedo de los ruidos de mi habitación, ¿puedo dormir con vos?, Má, me da miedo no poder dormir porque mi hermana ronca, ¿puedo dormir con vos?, Mi cama esta floja, se puede caer, ¿puedo dormir con vos?

Aquí, por ejemplo, se connota un provecho de las atenciones y conmociones de los adultos frente a la expresión de los miedos. O quizás, fingiendo estar temerosos, los niños logran buscar respuestas una y otra vez acerca del lugar en que ocupan para el Otro, y tras estas performances se lee finalmente el verdadero miedo.

Siguiendo la lógica en donde las preguntas barran al Otro, se le puede dar una vuelta a este ejemplo pensando que lo que podría haber estado buscando este niño era un simple *no*. Ante las insistencias sin frenos es posible alcanzar como consecuencia una separación ¿No es así? El miedo entonces ya no se trata sobre la distancia, sino sobre la falta de la misma. Después de todo, como dicen Lacan, "solo el amor permite al goce condescender al deseo", y en el amor la ausencia participa, hay algo que no se tiene. (Miller, 2008: 70)

El significante es un engaño necesario, o mejor dicho, la cadena significante. Como explique anteriormente, un significante no significa nada. Estas cadenas logran una suplencia que permite un uso productivo y positivo de la angustia, un semblante que frena. Una suerte de privilegio metonímico del universo significante habilita a hablar sobre infinidad de objetos del temor que acompañan los avatares de los procesos subjetivos de esta etapa tan vulnerable. En cada enunciación hay una cuota de saber, un uso creativo del lenguaje.

A veces pienso en aquellos adultos que conservan su niño al alcance de dos minutos de soledad. En ellos solemos encontrar las ideas más fantásticas y espontáneas. Hablo de niños que siguieron teniendo miedos infantiles cuando se hicieron grandes, miedo a lo que nadie quisiera tener miedo, y que siguen encontrando en los diálogos vías de sublimación y de transformación. "Si el miedo me llenó de infelicidad en la niñez, multiplicó en cambio las posibilidades de mi imaginación y me llevó a exorcizarlo a través de la palabra, contra mi propio miedo levanté el miedo para otros." (Cortázar, 2009: 210)

Sin dudas, el arte es, sobre todas las cosas, comunicación. Cortázar, como buen artista, lleva adelante una sublimación de sus escenas inconscientes, en este caso infantiles, tocando ciertas aristas afectivas de un público interesado, que aunque generalmente busca movilizarse, puede quedar pasmado ante el despertar inesperado de recuerdos personales que creían olvidados.

Los miedos disciplinares

Resulta difícil despegar del imaginario social las interpretaciones peyorativas de los significantes que representen miedo, significantes que describan padecimientos subjetivos. Vivimos inmersos en una lógica de curación, de eliminación de lo errante y de patologización. De ahí los obstáculos para entender a los temores infantiles como procesos necesarios de alojar y acompañar.

Así vemos como las instituciones sociales que atraviesan a los niños, (escuela, hospital, familia, clubes, etc.), tienden, en su mayoría, a leer algunas exteriorizaciones infantiles desde una lógica normativa. Estas esperan a veces, de brazos cruzados, que desde las ciencias se encuentren los saberes precisos, las clasificaciones, los diagnósticos y a veces medicaciones. Las diferentes ciencias que se dedican a temas de la infancia, tienen conocimientos previamente construidos sobre su objeto de estudio, creen que los tienen, y hablan de un saber y un hacer muy bien definidos.

Queda a las claras que existe toda una sociedad que funciona negando la importancia de las enunciaciones infantiles de los niños y aquellas infantiles que también son de los adultos, eliminando toda conducta que vaya en contra del orden social establecido, o que intenta establecerse, e ignorando las palabras de quienes perciben la vida de manera tan particular, sin la presencia de diques anímicos que silencien y desde un alma en construcción especialmente sensible a los afectos.

Pienso que muchas respuestas se pueden escuchar en los niños, el problema está en quien pone el oído. No todos perciben las significaciones en las metáforas que ellos nos ofrecen, y es aquí donde el psicoanálisis puede tomar las riendas del arte, donar un espacio para que los miedos se desplieguen, de donar tiempo, escuchando sin responder e interpretando sin afirmar.

Pero no solo a nivel de las sociedades y las ciencias es que existe un terror que incapacita a alojar las expresiones y demandas infantiles. Yo me pregunto qué clase de miedos, generalmente negados, son los que llevan a los adultos a reaccionar de manera impulsiva frente a los decires de los niños. ¿Será una vía de demostración de que los síntomas, son los síntomas de los padres? ¿Quién habla en los temores infantiles? ¿Qué delatan los miedos, y a quiénes delatan?

Muchas veces los adultos nada quieren escuchar sobre temores que interpelen sus funciones parentales y que abran las puertas que conectan con los infiernos de su niñez.

Por desgracia, puede que las reacciones de adultos frente a la confesión de sus inquietudes y temores llevan a una especie de sobredimensión de los mismos. Quiero decir, las respuestas otorgan una gravedad a las enunciaciones infantiles que a veces a priori ni existía:

- ¡Miedo a que se muera papá!, ¿Qué locuras pensás?, ¡No se lo digas porque se va a sentir mal!

En ocasiones, niños que buscan palabras solidarias y gestos de importancia y atención, terminan llevándose a dormir un terror y ansiedad inconsolables. Gracias a estas actitudes parentales, con el tiempo quedan obstaculizados en una posición de víctimas, de *los niños miedosos*. A su vez, ellos siguen respondiendo a la manera en que sus padres lo nombran.

Los significantes definen y los niños responden adecuándose a ellos, ya que es lo único que a veces cuentan para batallar contra el miedo, la única herramienta de saber posible. Más allá de lo que otros adultos puedan argumentar al escuchar el temor de un niño, nada sirve de consuelo cuando lo que aporta el que está en lugar de omnipotencia simbólica es estigmatizante y desesperanzador.

La cosa puede cambiar si el analista gana una posición de sujeto supuesto saber, logrando correr a ese Otro de esa función determinante. De esta manera el niño que padece la posición de objeto faltante del Otro se enfrenta con una pérdida necesaria.

“Así, desarmado, nunca puede refugiarme en la confesión del temor que los mayores comprenden a veces, aunque casi siempre la rechacen en nombre del sentido común, la hombría y otras estupideces.” (Cortázar, 2009: 210). Coincido con el autor, en que lo que hacen los mayores en las situaciones que vengo describiendo es rechazar los temores. Rechazan las demandas, rechazan las preguntas que intentan instalar, rechazan los deseos que hay detrás de las demandas, deseos que denuncian su profunda implicación desde el lugar de A.

El adulto que no encuentra ningún decir en el temor de un niño, lo está de alguna manera objetivando, haciendo del miedo un peso a eliminar, no reconociendo al niño como sujeto parlante. En general, en el discurso de estos padres no se despliegan matices emocionales, cuando hablan de sus niños, desplegando descripciones acerca de ellos de la misma manera en que se refieren a otras cosas y situaciones. Paradójicamente, estos niños no escuchados ni alojados, terminan haciendo de su síntoma la barra del Otro. De este modo, los padres que no parecen implicarse con los itinerarios subjetivos de los hijos, se encuentran con una urgencia sintomática que los hace incompletos, vaciando certezas y seguridades.

Los relatos incorruptibles de los adultos se agujerean cada vez que un niño responde con su padecer. Los síntomas son, entre muchas cosas, respuestas. Como bien explica Lacan en *Dos notas sobre el niño*, es la verdad de la pareja parental lo que queda representado en la sintomatología de un niño. (Lacan, 2001)

Los niños tienen sed de significantes, y de allí se describe su dependencia específica. En la infancia, los llamados realizan un trabajo de búsqueda constante de significantes que determinen. Pero, en casos contrarios, los fines de las enunciaciones también pueden referirse al detenimiento de un rebalse significativo, una cascada de demandas, o de cuidados desmedidos que ahogan al sujeto.

¿Es el niño?

Cabe en estas reflexiones preguntarme acerca de los diagnósticos clínicos que suelo escuchar con tanta preponderancia. ¿Se puede hablar acerca de una estructura cuando se trata de un niño? ¿Cómo se trata este tema desde el psicoanálisis? ¿Desde dónde interpreta el psicoanalista a un niño?

Es pertinente aclarar que en el análisis se trabaja con la importancia en la posición del sujeto. De esta manera ni el niño ni el adulto queda subordinado a ninguna nominación estructural porque el sujeto hace lazo. Estos lazos serán perversos, neuróticos o quizás psicóticos.

En la clínica de la infancia es necesario flexibilizar las expectativas de los efectos aún más. En pacientes adultos existen historiales que denotan años de dinámicas que responden a un mismo mecanismo. Con los niños esto no ocurre, y el analista tiene, en el mejor de los casos, mayores facilidades para evitar suposiciones. No obstante, sabemos que en la clínica se realizan construcciones contrarias a la lógica del juicio.

Cuando nombramos a un sujeto como psicótico o perverso, le entregamos una serie de certezas con las que tendrá que lograr una conciliación, a veces, respondiendo en consecuencia. Se lo responsabiliza con destinos que se le otorga. En otras palabras, se lo llena de tareas.

Un niño, cuando teme, se ubica y funciona dentro de la red de significantes en la que está concernido. Lo que se debe escuchar es el lugar que le ofrece el Otro, dado que desde allí habla. Mediante la formación de lazos entre los sujetos se pautan formas de inscripción de la falta.

Me pregunto, ¿Qué sabe el niño sobre todo esto? Una de las formas de ver algo de esto es a través del juego, donde se despliega el inconsciente. Es inútil pensar a la asociación libre desde la palabra, intentando la búsqueda de sentidos. El inconsciente comienza a estar implicado en la escena del juego, apareciendo en el lazo trasferencial, entre el analista y analizante. Es en esta escena donde el sujeto aparece.

No todo niño logra la simbolización. A menudo se observan aquellos que no ejercen más que una descarga de tensión mediante el uso de herramientas de juego. Sin acceder a la participación de una construcción ficticia, los niños que no pueden hacer *como si*, quedan lejos de los efectos transformadores de la metáfora. El analista en estos ejemplos, espera el momento de aparición de Otra escena. Entre jugadas e interpretaciones, entre esperanzas y frustraciones, puede que emerjan señales de un deseo. “El síntoma en la infancia no es una formación del inconsciente; sino que, por otro lado, es una estructura referencial que requiere ser completada por el juego” (Peusner y Luterau, 2013: 139)

La tiranía como cultura

En esta segunda parte del trabajo me gustaría hacer referencia a las características de los miedos y las exteriorizaciones de algunos padecimientos infantiles, en la contemporaneidad.

La modernidad se desarrolla aliada a la configuración de una lógica en la que los sujetos encuentran una posición histórica gracias a los discursos tradicionales. El dispositivo escolar, también como organizador simbólico, permite en muchos niños encontrar un sentido fuerte de pertenencia. Los sujetos que encuentran un lugar en la historia, pueden sostenerse desde allí para pensarse en un futuro. Los niños, de esta manera se articulan con un pasado, y desde un presente pueden construir la idea de un futuro posible. El registro simbólico es el que da lugar a la existencia de una conciencia de continuidad.

Vale aclarar, que todo niño que puede encontrar una posición histórica es aquel al que se le ofrece un lugar en el entramado significativo y con esto quiero agregar la importancia de la función del significante Nombre-del-Padre. Es indispensable que el Otro se encuentre despojado de un saber absoluto para que un sujeto encuentre un espacio. Sin barra en la omnipotencia no hay niño. ¿Quién es el Otro hoy?

Los niños del siglo XXI van perdiendo el atravesamiento de una lógica patriarcal. Con esto quiero decir, que las posiciones simbólicas con las que se manejan las instituciones familiares ya no son las mismas, y eso se trasluce también a nivel macro social, donde el Mercado despoja al Estado de una función de organizador simbólico, de soporte social. Sin embargo, el Mercado no es un Otro al que le falte nada. En una cultura que lleva como bandera la felicidad plena del sujeto, aparece el terror.

Los adultos, enfermos todos del objeto de goce del mercado, no pueden mirar a los niños, ni pueden ofrecerles el alojamiento de la falla en el discurso. Lo que Lacan llamó el don de la palabra, es el don de la falla en la palabra. (Laurent, 2001)

Los grandes relatos están perdiendo legitimidad, dejando de ser referentes. Los ideales de antes van desapareciendo dado que los significantes que preponderaban fueron perdiendo protagonismo. Cuando hablamos de transformaciones históricas nos referimos a la transformación de los significantes que preponderan en cada época.

¿Cuáles son las consecuencias de las transformaciones sobre los síntomas en la infancia? ¿Podemos hablar de síntomas?

Para el caso, me atrevo a puntuar algunas características que comparten las configuraciones del malestar en la cultura actual con el trauma.

El trauma, en *Más allá del principio del placer* es abordado como una irrupción de lo pulsional tan fuerte que atraviesa la barrera de protección antiestímulo. (Freud, 2013) Desde la teoría de Lacan, podríamos leer en la función de esta barrera protectora la misma función del entramado significativo como soporte subjetivo. La dimensión simbólica- también la imaginaria- es la que previene al niño de la caída en lo real.

Hoy se sabe que muchos niños llegan a la clínica bajo un discurso parental que los sitúa en el *ataque de pánico*, un padecimiento sin velo y sin trama. Las preguntas ansiosas hacia los niños acerca de la causa de su malestar se chocan con una incógnita desorbitante. Aquí es donde la infancia queda fuera de todo discurso, donde los niños no encuentran una escena psíquica que los ampare.

Digamos entonces, que no se puede hablar de síntoma allí donde prevalece un instante infinito de goce desenfrenado. El síntoma funciona como un sostén ante la irrupción de angustia. Diría Freud, que el padecimiento sintomático surge gracias al circuito represión-retorno de lo reprimido, pero en el llamado pánico, este circuito encuentra trabas.

¿A qué se le tiene miedo en el pánico? *Tengo miedo a que venga el miedo* recuerdo haber repetido a lo largo de un año de mi niñez. El problema está en si lo que se repite tiene o no cierto soporte del fantasma.

Cuando un niño queda sin la Otra escena, sin velo significativo alguno, el goce que emerge es un goce autístico. Hay una suspensión del discurso amo, de la relación del sujeto con el campo del Otro. El marco que otorgaba el fantasma es el que cae.

Como dice Lacan, el fantasma es un guion. El fantasma es una construcción que permite al sujeto encontrarse con aquellos pequeños a, es la manera en que el sujeto se las ve con sus objetos de deseo, objetos que se las ingenian para vestir con una completud a la relación del sujeto con lo real. Mediante la estructuración del fantasma, el niño encuentra sus respuestas acerca del lugar que le da el Otro-¿Qué me quieres? - y acerca de su deseo. Es un libreto que indica las maneras en cada uno de arreglárselas con la falta. Por ello es que, sin fantasma, lo último que queda es una angustia a cielo abierto. (Faccendini, 2017)

En estos casos, es a través de juego en el análisis, por ejemplo, donde se puede intentar construir un fantasma para ese niño sin techos, estableciendo un libreto que de paso a una articulación significativa.

“Armar el guion no quiere decir que deje de haber real, sino que en esa escena será cernido, posibilitando que compulsivo empiece a cesar” (Faccendini, 2017: 139) Con esta cita de Faccendini se puede demostrar el hecho de que más allá del armado de un fantasma que funcione como soporte, la existencia de lo real se seguirá luciendo en las repeticiones, en el despertar abrupto y angustiioso de los sueños donde los mecanismos de elaboración onírica dejaron de trabajar, y estará también presente atrás de cada esfuerzo por comprender cuestiones como el origen, el sentido de la vida y la misma muerte. Además, Miller dice que en el fondo el trauma sería toda incidencia de la lengua sobre el hablante. En este sentido, la colisión del lenguaje con lo real, es un proceso que acompaña al sujeto toda la vida. (Miller, 2008)

Los analistas trabajan intentando que el padecimiento del analizante no sea mayor que el necesario para la existencia. Con interpretaciones, silencios y construcciones se logra quizás, una suerte de estafa a aquello que deja al sujeto en un abismo. De lo contrario, los psicoanalistas serían más empresarios tratando con objetos.

Silvia Bleichmar, partiendo de la base del corrimiento del Estado de su función, hace referencia a un malestar sobrante que nace por la falta de proyectos trascendentales de los sujetos. Preocupados por la supervivencia, los adultos dejan de proyectar grandes desenlaces en los niños. La infancia, así, ya no es pensada como heredera de un futuro promisorio. (Bleichmar, 2005)

Hay una ley que está cayendo. Es la ley soportada en la función padre, función que se ejerce desde todo aquel en posición de autoridad, porque nace en una función simbólica.

Se puede entrever que las transformaciones históricas han dejado a muchos niños en el discurso de la supervivencia. Los miedos infantiles se parecen a veces a los de los adultos, expresando desesperaciones e incertidumbres futuras. Hoy el conflicto de lo material y económico está presente en todos. Pero repito, estos miedos solo se parecen a los de los adultos, porque generalmente, los niños no cargan con una responsabilidad de soporte económico dentro de la familia. En estos casos, o más bien, en el mejor de los casos, ellos solo viven esos temores porque ven a sus padres desesperados. Y con esto quiero aclarar existen bastos ejemplos que constatan la infancia anulada muchas veces con el trabajo y la explotación infantil.

Al igual que muchos, veo en el sistema de salud pública, uno de los puntos de esperanza más importante, esperanza para alojar a la infancia como tal y todo lo que ello implica. A partir de entrevistas que llevé a cabo con niños de reciente internación y sus padres en el Hospital de Niños “Víctor J. Vilela”, durante las prácticas de este último año de cursado, noté que el hospital funcionaba como una familia en la que la mayoría de sus miembros mantienen una comunicación necesaria y continua. Los niños y sus padres encuentran en el hospital algo de lo familiar que a veces pierden en sus propias casas. Y con lo familiar me refiero a la disposición de una escucha interesada y un socorro inmediato.

Una mañana, en la sala de espera del área de salud mental, observé a una niña con una enfermedad terminal de no más de cinco o seis años que, junto a su madre, tocaba la puerta de uno de los consultorios preguntando por su psicóloga. La psiquiatra del hospital, partícipe también de la situación llama a esta psicóloga, sabiendo que no estaba trabajando aquella semana en el hospital, para que se comunique con la pequeña paciente:

- ¿Hoy no venís? Ah bueno, ya te vas a curar, no vengas, total le digo a mi mama que vengo la semana que viene- se escucha que responde la niña

Y yo ahí vi banalizado al capitalismo, burlado, y pensé que entonces no todos estamos convertidos en zombies del mercado. La salud pública, sin dudas, es uno de los motores del lazo social en este país. Con esto no pretendo idealizar el sistema, porque entiendo que en donde busquemos, hay una falta que es estructural. Las instituciones son construcciones del humano, implicadas en el lenguaje por excelencia.

Por otra parte, parece que el nombre mismo de éste hospital le da existencia a la infancia, la reconoce y, al nombrarla, la promueve. De otro modo, donde prevalezca una realidad donde un niño no es alojado como tal, no es pensado con esperanzas, no es mirado como sujeto vulnerable, ni es hablado desde las expectativas, no sorprende que los profesionales se topen con una clínica de miedos que son imposibles de nombrar.

Referencias Bibliográficas

- Bleichmar, S. (2005) *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Cortázar, Julio (2009). *Papeles inesperados*. Madrid: ALFAGUARA
- Faccendini, Jorge (2016). *Una clínica del grafo del deseo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Faccendini, Jorge (2017). *Clínica y neurosis: fantasma*. Rosario: Laborde Editor.
- Freud, Sigmund (2013). "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". En *Obras completas Vol X: Análisis de la fobia de un niño de cinco años (El pequeño Hans). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el "Hombre de las Ratas") (1909)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (2013). "25° Conferencia. La angustia." En *Obras completas Vol XVI: Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916-1917)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (2013). "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras completas Vol. XX: Presentación autobiográfica. Inhibición, síntoma y angustia. ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, y otras obras(1925-1926)*. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, Sigmund (2013). "Más allá del principio de placer". En *Obras completas Vol. XVIII: Mas allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, Jacques (2001). "Dos notas sobre el niño". En *Intervenciones y Textos 2*. Buenos Aires: Ediciones Manantial
- Lacan, Jacques (2013). *Función y campo de la palabra y del lenguaje*. En *Escritos 1*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Laurent, Éric (2001). "Canibalismo y don de la palabra". En *El niño*, pp. 25-33, Nº 9.
- Laurent, Éric (2018). "Los niños de hoy y la parentalidad contemporánea. Conferencia en la Facultad de Psicología UBA". *Visita 26 de julio de 2018*
<https://psicoanalisislacaniano.com/los-ninos-de-hoy-y-la-parentalidad-contemporanea/>
- Miller, Jacques Alain (2008). *La angustia lacaniana*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, Jacques Alain (2017). *Los miedos de los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Peusner, P. y Luterau, L. (2013) *¿Quién teme a lo infantil? La formación del psicoanalista en la clínica con niños*. Buenos Aires: Letra Viva.